

RAQUEL SAENZ

Bajo el Hechizo

Poemas

Premio Ministerio de Instrucción Pública 1931

CUARTA EDICION

1947



0545361



BAJO EL HECHIZO

OBRAS DE RAQUEL SAENZ

La almohada de los sueños (7ª edición)

Voz y Silencio.—(El libro de mi madre)

RAQUEL SAENZ

BAJO EL HECHIZO

POEMAS

Premio Ministerio de Instrucción Pública 1931

4.ª EDICION

1947





MADRE!

¡PADRE!

*Como antes, este libro es para los dos.
Para los dos, ausentes ya de este mundo
de todos, pero inmutables, eterni-
zados en mi mundo interior.*



*Vida sin besos mi vida,
Y mi alma llena de ensueños.*

*Bocas me ofrendan dulzuras,
Pero una es todo mianhelo.
¡Quiero la boca soñada
Que existe, y que la existencia
Me la ha vuelto inalcanzada!*

*¡Vida cruel, prosterva vida!
No me niegues esa copa
Para calmar esta sed
Que es como una ansia suicida.*

*¡Quimera de mis sueños!
¡Dejar la vida en un beso...
Y estar sin besos mi vida!*

Dulce Condena

Te llevo en el misterio
De mi silencio trágico.
En mi llanto en suspenso...
En mi honda palidez.
Vas oculto en mi pecho
Como amuleto mágico
Que engaña mi esperanza
Como un loco «talvez».

Te llevo en la tristeza
De mi mirada en sombra.
Cerrado a cal y canto
el labio no te nombra,
Y cuanto más te callo
Más me inundo de tí.
Y me aparto de todos
Para mejor soñarte.
¡Oh, el placer de llevarte
Bien adentro de mí!

¡Oh, el placer de sentirte
Prisionero en mi alma,

Y hacerte con mis venas
Una cadena azul!
Y ver todo lo triste,
Y ver todo lo bello
A través de ti mismo
Que me nublas los ojos
Como venda de tul.

Y te llevo en secreto
Envuelto en mi mutismo
Y te niego a la gente
Fingiendo escepticismo,
Y oigo decir tu nombre
Sin mostrar mi emoción,
Y así... trágicamente
Muero sin un gemido,
Bajo la dulce pena
De llevarte escondido
Dentro del corazón.

Bajo el Hechizo

¿Por qué suena en tus labios tan dulce
La palabra «te quiero»?
¿Por qué sobre todas las voces
Se eleva tu voz como un canto de Dios?

¡Hechicero!
¿Por qué suena en tus labios tan dulce
La palabra «te quiero»?...

¿Qué filtro has bebido
Que todo lo encanta
Tu acento florido?
¿Qué filtro me has dado
Para que sin luchas yo te haya entregado
La flor de mi vida?
¡Si nada me has dicho
Que ya no haya oído!...
¿Por qué me has vencido?

¡Hechicero!
¡ Si tú me dijeras

Por qué es que te quiero!...
¿De dónde has llegado?
¿Qué fuerza imperiosa
Te trajo a mi lado?
Amores, nostalgias,
¡Todo lo he olvidado!
Todo mi pasado se quedó anulado
¡He vuelto a nacer!
Lo que fué, en mi alma,
Tú lo has suplantado,
Y no he reparado,
Si me traería dicha
O sería un pecado
Darte mi querer.

¡Oh! ¡Cómo saber!

¡Hechicero!
¡No! ¡No me descubras
Por qué es que te quiero!
¡Déjame ignorar!
No saber si vivo,
O si por tí mnero.
¡No saber ni cómo...
Ni por qué, ni cuándo
Te he empezado a amar!

Secreto

Hoy, como nunca
Pesa el silencio.
Hoy las palabras
Queman mi boca.
¡Te llamaría!
¡Te gritaría
Lo que guardado
Llevo tan hondo
Desde aquel día!

¡Oh, si supieras!...
¡Oh, si me vieras!...
Hoy está el alma
Como un torrente
Callan mis labios
Y vibro entera
Y hablan mis ojos...
Y habla mi gesto
Traidoramente.
¡Hoy no podría
Guardar silencio!
Bajo tus ojos
Me rendiría,
Y toda el alma
Te enseñaría.

¡Te diría todo!
Te diría «eso»...
Que es mi tormento
Y es tu alegría;
Y en el abismo
De un hondo beso,
Mi hondo secreto
Sepultaría.

Y después de eso...
Tú callarías...
Yo callaría...
¡Y en el arcano
De ese silencio,
Vuelta silencio,
Me extinguiría!

Mientas llega el tranvía

Me encanta la belleza de esa quinta!
Estoy junto a su reja,
Y mis ojos, mendigos soñadores,
Recogen la limosna
Que les brinda el paisaje
En su mezcla de flores y colores.
Y libremente sueño;
Y mi exaltado espíritu
De todas las riquezas se hace dueño.
Leve, como un ladrón,
Penetro los senderos más umbríos
Con tembloroso corazón.
¡Y hago mías las flores!
¡Es mío el lago aquél!
¡Esa glorieta, el banco, las palmeras,
Los pájaros, los árboles,
Y esa casa... es mía y de «él».

Desde aquella ventana
Lo veré llegar.
Debajo de aquél árbol,
Me ha de abrazar.
¡Y loca iré corriendo
Por el sendero
Hasta que él me dé caza
Anhelante y ligero,

Y me bese... me bese... me bese...
Como besa la brisa
A aquella rosa blanca
Que desfallece;
Que se inclina coqueta,
Que esquivada se hace a un lado.
¡Y se vuelve más blanca y perfumada
Para ser más amada!

El, con su brazo fuerte
Tomará mi cintura
Y seré en ese instante
Toda ternura.
Pareceré más débil
Junto a su pecho fuerte.
Sobre el que mi cabeza
Quedará inerte,
Olvidada del mundo,
De las tristezas,
Y de la Muerte,
Maravilloso instante
En que enmudeceremos
Porque cuando callamos
Es cuando más queremos!
¡Maravilloso instante!
Sueño! ¡sueño anhelado!
Es que tan fácilmente
Te he alcanzado?

.

Más... vuelve en sí mi alma
Al duro toque
De una campana de alarma
Y con marcha pesada
Llega el tranvía
Arrollando en sus ruedas
La ilusión mía.

¡Mendiga que has soñado
Junto a la reja ajena,
Prosigue tu camino
Con tus ensueños
Y con tu pena!
Y asciendo al tren llegado
Sentándome en el banco
Más apartado,
Y nadie sabe,
El misterioso drama
De aquella pasajera
Que triste y grave
Marcha sobre el despojo
De su quimera.

Milagro de Sol

Después de la lluvia
El sol me parece
Que sale de fiesta.
Es dorado y loco
Como un cascabel.
Baja hasta mi mesa,
Las manos me besa,
Juega en el papel,
Me envuelve en un manto
Y humilde, después,
En caliente alfombra
Se me echa a los pies.

Ya la lluvia helada
No arrastra su llanto
Sobre los cristales
De los ventanales.
La pared gastada,
Que el tiempo inflexible
Cubrió de señales,
Está transformada
Por el sol travieso
Que la ha vuelto joven
Con su ardiente beso.

¡Sol arlequinesco!
Si te derramaras

En mi corazón!
¡Si me barnizaras
Las grietas del alma
E hicieras de fuego
La helada ilusión!...
Vuélcate en mi vida
Sol abrasador!
Yo así temblorosa,
Soy como una flor
Que se da a tus rayos:
¡Mágico esplendor,
Seca este rocío,
Que desde la noche
De mis ojos tristes
Sobre las mejillas
Me vuelca el dolor!

El poema de tu ventana

Como el enamorado
Ronda a su amada,
Mi imaginación ronda
Tu ventana cerrada.

Tu ventana cerrada,
Se me quedó en el fondo
De la mirada.

¿No oyes en sus cristales
Mi alma aletear,
Como una mariposa
Que la luz de tu lámpara
Fuese a buscar?...

¡Tu ventana cerrada!
Detrás de ella mi espíritu
Está atisbando.

¿No sientes que mis ojos
En todos los instantes
Te están mirando?

¡Levanta las cortinas
Para que así yo sueñe
Que me adivinas!
Que me percibes
Como un velo en las frases

Mientras escribes.
Y que sin darte cuenta
Pones: Raquel
En el margen de un libro
O en los contornos
De algún papel.

¡Levanta las cortinas,
Y tendrás a raudales
Cosas divinas!
Mi alma te dará todos
Sus resplandores.
Se cubrirá tu mesa
De rojas flores,
—Rojos reflejos
Del corazón
Que en claveles bermejos
Se deshace en las rejas
De tu balcón.—
Levanta las cortinas,
Y cuando muera
La última llama
Crepuscular...
¡Abreme la ventana!
¡Déjame entrar,
Y tú vete en puntillas
Para no despertar
A mi alma, que en la almohada
De tus cuartillas
Se habrá echado a soñar!

Quando yo me muera

Cuando yo me muera,
Toma entre tus manos
Mi cabeza inerte;
Pronuncia mi nombre,
Que tu voz amada,
Como abracadabra
Vencerá a la Muerte.
Solloza en mi oído,
Y si no despierto,
¡Bésame la boca!
¡Bésame los ojos!
Tu calor de vida
Tendrán que sentirlo
Mis yertos despojos.

Bésame, no temas,
Ni pienses que aquella
Mujer que adorabas
Para tí no existe.
Bésame la boca.
Bésame los ojos,
Que ése será el beso
Que nunca me diste.
Piensa que ese beso
Es el que en tu boca

Yo siempre buscaba,
Y, por no encontrarlo,
De que me besaras
Nunca me saciaba.

¡Bésame ya muerta
Con el beso ansiado
Que nunca me diste!
Y si el beso tuyo
No logra el milagro
De hacer que despierte,
Piensa que no hay nada:
Ni Cielo, ni Infierno,
Ni Dios, ni otra vida
Detrás de la Muerte.

Prisioneros

¡Los pájaros cautivos
De esa pajarería!
Los contemplo angustiada,
Dándoles nidos con mi fantasía.

Prisioneros en jaulas
Que no dan ni el espacio
Para mover las alas
Locas de campo abierto.
Locas de espacio azul,
De sol... de vida...
¡La vida!
Que se quedó en la reja interrumpida!

¡Pobres pájaros presos!
Como niños traviesos
Se mueven incesantes.
Llenan la pieza estrecha
Con sus cantos vibrantes.
¡Reproches angustiosos!
¡Evocación del monte!
Lastimeros sollozos.
¡Justa protesta al hombre
Que les cerró con rejas
El inmenso horizonte!

¡Pájaros enjaulados!
¡Selva, azul, infinito!...
¡Gorjeos de mil gargantas
Que son un solo grito!

Alas de mis ensueños!
¡Canto del alma mía!
También se estrella en rejas
Mi ansia de lejanía.

¡El mundo me ha cercado,
Y la alondra ha quedado
Como uno de esos pájaros
De la pajarería!

Su nombre

Habrá nombre más lindo que su nombre?
Para nombralo, a solas busco estar.
Hura a huyo de todos y presumen,
Que busco la quietud para soñar.

—Y ellos no saben que no hay mejor sueño
Que el nombre de mi dueño—.

 Oh su nombre! Su nombre es como un
[canto,
Que al silencio voy dando lentamente
El alma lo desgrana por mis labios,
Y yo lo escucho religiosamente.

 Temblor de mi emoción!  eso es su nom-
[bre!

 Grito denunciador de mi pasión!
Y es dulce... dulce... dulce... como un
[vino,
Que por mis labios filtra el corazón.

Tu Mano

¡Tu mano de varón entre mis manos!
Mezcla de cielo y tierra
Es tu mano entregada a mi cariño.
¡Mano de pecador!... ¡Mano satánica!
Pero así... entre mis manos,
Sabe ser dócil como la de un niño.

Tu mano de hombre tiembla entre mis manos.
Tu mano fuerte, de varón bravío,
Ahora se halla rendida a mi albedrío.
Y es terciopelo así, sobre mis ojos...
—Crisol en llanto ardiente
Que funde y purifica tus antojos.—

¡Ahora es la mano azul de un visionario!
¡Mano adorada, donde cae mi beso,
Como en las hojas de un devocionario!

Sus guantes

Aquí, sobre mi mesa
Están los guantes suyos.
Son suaves cual la seda
En sutiles capullos.
Tienen todo el fluído
De sus manos queridas.
¡Parece que en sus guantes,
El me hubiera dejado
Caricias escondidas!

Los beso, los aspiro,
Cual si oliera una flor.
¡Aroma de tabaco!
¡Olor de su perfume!
¡Y sobre estos olores,
De sus manos, olor!

Los guantes de mi amado,
Están sobre mi mesa.
¡Se satura mi alma
Del olor de su piel!
Sobre ellos he volcado
Mi afiebrada cabeza
Y sueño en la tibieza
De las caricias de él!

La risa del Buzón

(EN EL CORREO)

La multitud invade**Las ventanillas.****Atropelladamente****Pide estampillas.****¡A sellar... ¡A sellar,****La carta que al destino****Debe llegar!****Y por la boca del buzón,****Echa una mano un corazón,****Una ilusión,****Dá una esperanza...****¡O trágica y proterva****Realiza una venganza!****El patio es un tablero de ajedrez****Y los peones se mueven****Por sus propios pies.****Allí es donde se juegan****Graves partidas.****Allí está el «jaque-mate»****De muchas vidas.****Y ríen los buzones****Como bufones,****Mientras llenan sus pechos**

De confesiones.
¡Cartas... cartas... más cartas!
¡Gritos de ausencia!
Palabras y palabras
Que en turbulencia
Se hallan mezcladas.
En el fondo en penumbra
De esos buzones
Que rien... rien... a carcajadas
Del mundo aquél,
Que ha volcado en sus pechos
¡Tanto papel!
¡Tanta ansiedad!
¡Tanto dolor,
Amor,
Crueldad!...

¡Oh, humanidad, toda ilusión!
¡No sin razón,
Ríe la boca del buzón!

Crepúsculo en el Prado

Revuelo de pájaros.
Loca algarabía
De trinos y gritos.
¡Un chisporroteo
De voces salvajas
Calientes de sol!
Yo estoy quieta... quieta
Bajo la arboleda,
Viendo como llegan
Buscando sus nidos
Los pájaros ebrios
De celeste alcohol.

Y sigue el murmullo.
Y un rozar de hojas...
Y un rozar de alas...
Y un temblor de amor,
Que agita las ramas;
Que agita mi alma,
Que sueña ser pájaro
Y tener su nido
En la copa roja
De aquel ceibo en flor.

.

Se van espaciando
Los gritos salvajes.
Muere el postrer canto
Debajo de un ala.
El sol se va yendo
Y allá, en lontananza,
Hunde sus hachones
De luz de bengala.

Ahora todo es calma.
Oyendo al silencio,
Apenas respiro;
Inmóvil estoy.
¡Oh, si por milagro
Me tornara estatua
Para olvidar todo!
¡Ni saber quien soy!

Mas... se oye a lo lejos
La voz de la Vida,
Y mi alma de esclava
Le grita: ¡ya voy!

La Buenaventura

¡Gitana parlera!
¡Gitana agorera!
¿Qué quieres
Mi mano para predecir?
¡Aquí está mi mano;
Descifra el misterio
De mi porvenir!

Yo reía... reía...
Mientras la gitana,
Cavilosa y grave,
Mi mano tenía.
Eres buena... buena.
Pero triste... triste;
Te persigue el mal.
Eres, desgraciada.
Mas la suerte tuya
Pronto cambiará.
¡Un hombre te quiere!
Dejé de reir.

—¿Cómo es ese hombre?—
Dije en son de burla,
Y oulté hábilmente
Mi intensa emoción.
Y ella fué leyendo

Cual si fuese viendo
Lo que yo ocultaba
En mi corazón.

¡Cómo coincidía
Con mi loco anhelo
Lo que la gitana
Parlera decía!
¿Es que toda el alma
Se me fué a los ojos
Y me descubriría?...
El retrato amado,
Tan singularmente
La mujer errante.
Hizo en su hablar,
Que yo, ingenuamente,
De su sortilegio
Dejé de dudar.
(¡Me sonaba a gloria
La palabra «amar»!)
—¡Sigue... sigue!... —dije,
—Viajes has de hacer.
—Y qué más? Prosigue.
—Muy rica has de ser.
¡Si yo ya era rica!
Todo mi dinero
Lo volqué en la mano
De aquella mujer.
¡Bendita mil veces
Su superchería

Que me dió un tesoro
Mentando un querer!

¡Gitana parlera!
¡Gitana agorera!
El largo camino
Que rodando cruzas
Cual hoja viajera,
Con todos los goces
Que nunca alcanzaste,
Yo lo sembraría.
¡Bendita tu boca
Mentirosa y loca
Que acertó a decirme
Que «él» bien me quería!
¡Mágica gitana:
Me alegraste el día!

¡Préndete en el pecho
El clavel de fuego
De esta canción mía!

Hombre

Hombre:

Yo soy un corazón,
Y tú nunca advertiste .
Que fuese un corazón.
Te atraieron mis ojos,
Y mi boca, y mi cuerpo,
Y en mis ojos, mi boca y mi cuerpo
Prendiste tu ilusión.
Cuando todo ese encanto haya pasado
Qué restará de tu pasión?

Qué le darás a mis cabellos blancos,
A mis labios marchitos,
A mis ojos cansados?
Qué harás ante la ruina
De esos tesoros admirados?
¡Haberme amado tanto
Tal vez te asombre!
Yo soy un corazón,
Que no advertirá nunca
Tu veleidad de hombre!

Intima

Te quiero salvaje,
Con tus celos trágicos,
Con tus manos trémulas
Siniestro, fatal...
Mirando hasta el fondo
De mis ojos buenos,
Ante la sospecha,
De haber vacilado
En tu pedestal.

Quiero el brillo extraño
De tu honda mirada
Llegándome al alma
como un estileto,
Mientras tu ansia loca
Recorre angustiada
Mi azul laberinto
Buscando un secreto.
Adoro la risa
Que juega en tus labios
Y que disimula
Tu intenso furor,
Y el hielo de muerte
Que hay en tus palabras
Dichas al desgaire...

Mientras tu voz tiembla
Delatando amor.

Te quiero rebelde
Cuando a tí me acerco
Y te doy mis manos
Silenciosamente.
Cuando, cristalina,
Te enseño mis ojos
Y ante su luz franca
Se inclina tu frente.
Cuando te convengo
Con mi voz de novia
Y hago una leyenda
Del mal que me has hecho,
¡Y tu testa altiva,
Buscando mi arrimo
Como la de un niño,
Cae sobre mi pecho!

Siempre

Yo le doy a la brisa todos mis besos,
Porque sé que la brisa ha de acariciarte.

Le doy a las estrellas mi cara en llanto,
Porque vayan mis lágrimas a iluminarte.

En los rayos de luna mi alma diluyo
Para que haga más blanco el camino tuyo.

Y soy gorjeo de pájaro
Y aroma de tus rosas,
Y estoy toda en tu ambiente,
Y estoy toda en tus cosas.

¡Nunca, nunca de tu alma
Me he de apartar!
Si te lleva la Muerte,
Estaré contigo;
Si la Muerte me lleva,
Te he de llevar.
¡Más allá de la vida!
¡Más allá del misterio,
Porque te quiero
Me has de encontrar!

Mi oración

¡Llegó tu carta! ¡Tengo aquí tus letras!
Infiltrado tu amor en cada una.
Leo... cierro los ojos... y mi alma
Se siente envuelta en resplandor de luna.

Una tibieza azul me va inundando,
Por mis venas azules va corriendo
Tu noble corazón se va volcando,
Y tu sangre en palabras voy sorbiendo.

¡Y ya no leo más! No es necesario!
Doblo el papel. Como un escapulario,
En mi pecho lo guardo con unción.

Esta noche, al dormirme, he de decir
Tu carta de memoria...
¡Como única oración!

A mi espejo de mano

Espejito de mano,
Fiel auxiliar de mis coqueterías,
Reflector prodigioso
De mis pesares y mis alegrías,
¡No te me quiebres nunca!
Que seas tú el que aproximen a mis labios
Cuando mi triste vida quede trunca.

Espejito de mano,
Que en el misterio de mi tocador,
No me dices tan sólo si estoy linda;
Me aconsejas también que disimule
Mi gesto de dolor,
Que si eres fiel para guardar mi drama,
El mundo es muy traidor.

Espejito de mano,
Que conoces las ansias
Con que te interrogué
Después de aquella tarde
En que él besó mi boca,
Y al evocar su beso,
Con un vehemente beso te empañé.
Espejito de mano,
Mi tibio confidente,

Que reflejas mis ojos
Empañados de ausencia,
Que guardas la tragedia
Que se esconde en mi alma
En tu fondo de azogue
Como en una conciencia.

Espejito de mano,
Al que asomo la estrella
De mi vida en querella,
¡No te me quiebres nunca!
Que por tu luna, como lago en calma,
Cruce la blanca nube de mi espíritu
Cuando mi triste vida quede trunca.

El Nido

Aquella tarde azul como un ensueño.
Aquel campo sin fin, a media luz.
Aquel nido de pájaros errantes
Sobre aquel poste en cruz...
Aquel nido de pájaros errantes
Que hizo brillar de envidia nuestros ojos,
Y temblar nuestras manos, que se unieron
Al loco impulso de nuestros antojos...

Todo aquello ha de ser en nuestra mente
Perpetuidad. Ya nada ha de matarlo;
Ni la ausencia, ni el tiempo con su pátina
Conseguirá atenuarlo,
Ni ha de ajar las palabras que dijimos,
Ni ha de apagar el ímpetu de vida
Con que allí nos quisimos.
¡Hora enorme! ¡Hora eterna! Hora sagrada!
Hora sutil que en el telar del alma
Se quedó como un símbolo.

El paisaje...
Aquel campo sin fin a media luz...
Nosotros con las manos enlazadas,
¡En alto las miradas,
Fijas en aquel nido sostenido
Por aquel poste en cruz!

Cuando te vayas . . .

Vas a partir, y yo pienso qué haré
Cuando su ancha barrera ponga la lejanía
Entre tú y yó.
Cuando grite tu nombre y no respondas...
Y el eco me devuelva mi llamado,
Y las olas me digan:
Es en vano: partió.

Cuando en el horizonte impenetrable
Se clave mi mirada,
Y en el raso del cielo,
Con hebras de recuerdos y de lágrimas,
Borde las sutilezas
De la dicha pasada...

Extenderé mis brazos
Abrazando el vacío
Que llenaré de tí...
Y estrujaré mi corazón hasta querer rom-
[perlo

Para estrecharte más y más en mí.
Y he de volverme amiga de las olas,
Y ellas te han de contar
Esta leyenda:
«Una mujer te llama noche y día,
Y de tanto llorarte ha de cegar.

Cuando retornes a besar sus ojos,
Esos ojos que tanto te lloraron
No te podrán mirar...

(¡Ellas, amigas buenas,
Han de decirte así!
¡Y tú, por no cegar mis ojos tuyos,
Retornarás a mí!)

Ausencia

Lejos de tí, en el mundo todo es nada,
O nada soy desde que tú te has ido.
En el enorme hueco de la ausencia
¡Todo, todo se ha hundido!

Todo es vacío y sin luz, y está mi alma
Ciega y sin ruta a tu recuerdo asida.
Me he quedado clavada en el pasado
Y es tanta vida la que se ha estancado
Que muero al peso de mi propia vida.

¡Todo, todo acabó cuando te fuiste!
El correr de mi vida detuviste
Y no hay poder que anime mi existencia.
A tu recuerdo amado vivo atada,
Y ya no seré nada
Más que un grito perdido
En el enorme abismo de la ausencia.

Lasitud

Hoy me agobía el cansancio
De todos los cansancios
Que soporté en mi vida.
Mi alma no tiene fuerzas
Ni para sollozar.
Cae lentamente el llanto
De mis ojos cerrados.
Los brazos, lacios, cuelgan
Y mi boca
Ni siquiera pronuncia el nombre amado.
Ni blasfema,
Ni pretende implorar.

Hoy estoy bajo el peso
De todos los cansancios.
Es el pasado trágico
Que me viene a aplastar.
Si la dicha pasara
Junto a mí en este instante,
¡Sin tenderle las manos,
La dejaría pasar!

Supremo Anhelo

Dormir sobre tus flores. Dormirme eterna-
[mente.

Morir por sus aromas. Dejar mi vida así...
Cual si un sueño de opio dulce... muy dul-
[cemente

Me extinguiera en silencio.
Todo mi frenesí. Todas mis ilusiones,
Con las alas quebradas, mezclándose a tus
[flores

Toda mi vida en flor,
En el lecho aromado de tus flores amadas,
Harían de mi cuerpo, un símbolo de amor.

¡Dar mi cuerpo a tus flores! Que su fatal
[fragancia,

Por raro sortilegio, hiciera flor de mí,
Y morir estrujada bajo tu boca en llamas
Dándote mis aromas y quemándome en tí.

Retorno

Hoy veré a mi amado!
¿Es quizá por eso
Que el sol brilla tanto
Que cantan los pájaros
Con más alegría?...
¿Dónde van de fiesta
Esas aves locas
Que como una cinta
A merced del viento
Se va desplegando
Por la lejanía?...

El jardín parece
Más bello que nunca.
¿Será que hace tiempo
Yo no lo miraba?
Ese clavel rojo
Ya es viejo en la planta
Y yo no sabía...
Pero ahora en mi pecho
Morirá al abrigo
De la dicha mía.

Sí; me pondré flores,
Y elegiré el traje
Que me haga más linda;

Y pondré perfumes
En mi pelo endrino.
Espejito amigo:
¡Dime que estoy bella,
Que hoy vuelve mi amado
Por la alegre senda
Que yo ayer llamaba
Lóbrego camino!

¡Pero estoy tan pálida!

Espejito amigo:
¡Dime que estoy bella!
¡He sufrido tanto,
Que el dolor continuo
En mi pobre rostro
Cinceló su huella!
¿Y cuándo él me vea
Me hallará distinta
De la que antes fui?...
¡Oh, si comprendiera
Que de amarle tanto
Es que estoy así!...

Embriaguez Azul

En mi antigua casona
No podía ver el cielo
En toda su aplitud.
Un retazo pequeño
A mi patio techaba.
Era tan pequeñito,
Que por no verlo así...
No lo miraba.

Ahora, en cambio, ¡me embriago!
¡Me sature de luna!
¡Amado! ¡Amado! ¡tiembla!
¡Te ha salido un rival!
Estoy enamorada
De este cielo ¡que es mío
Que entra por mi ventana
Cual desbordado río,
Y ante él me vuelvo toda
Azogado cristal.

Recojo sus estrellas,
Su azul, sus blancas nubes,
Me quemo en sus incendios
En el atardecer.
¡Oh, morir contemplando,

Este cielo encantado
Y bajo las estrellas,
En luna amortajado,
Entregar al Misterio,
Mi cuerpo de mujer!

Mañana de Sol

En este día esplendoroso,
Bajo este cielo oro y azul,
En este campo que se alarga
Como siguiendo mi pensar
Quisiera estar ligera, alegre,
Enloquecer para olvidar.

Si todo es fiesta en torno mío
¿Por qué me aferro a mi pesar?...

¿Por qué se van mis ojos tristes
Hasta perderse en el confín?
¿Por qué se van lejos... más lejos
De lo que pueden divisar?
¡Ojos y alma se me pierden
Tras lo que nunca he de alcanzar!

Todo es alegre en torno mío
Y estar alegre yo no sé.
Tal vez quedó la dicha mía
En algún trecho del camino
Que a ojos cerrados ya crucé.

Regreso del Campo

El tren por los misterios
Del campo va cruzando,
Y al misterio del campo
Mis sueños le voy dejando.

Linterna de la luna
Alumbrando el camino;
Barnizando de plata
El pastizal reseco,
Filtrándose en la umbría
Espesura del monte,
Que se aprieta, obstinado
En no dejarle un hueco.

Linterna de la luna
Poniendo más blancura
En la casita blanca
Que ví semiescondida
En la espesa maraña.
¡Es en esa casita
Donde daría refugio
A mi alma huraña!
En estas soledades
Es en donde quisiera
Vivir mi soledad.

¡Para el tren, maquinista!
¡Déjame en este sitio!
¡No hagas que el sueño mío
Se quiebre en la ciudad!

Pero el tren sigue... sigue...
En su marcha pesada.

Ya en la estación...
La gente...
El rumor de la urbe...
¡Ni el campo, ni la albura
De la casa soñada!

¡Linterna de la luna
Alumbrando el cansancio
De esta vida gastada!

Bajo tu Honda

Tú también en mi senda
Una piedra arrojaste,
Entre tantos guijarros,
Uno más... ¿qué más da?
Así habrás dicho, acaso,
Al arrojar tu canto;
Darle a mis ojos tristes
Un poco más de llanto...
¡Nada importa! ¿Otra pena?
¡Cómo otras pasará!

Me arrojaste tu piedra,
Como el niño travieso
Hiere al pájaro errante
Que le dió el embeleso
De su dulce cantar.
¡Has herido a la alondra
Que te dió en sus canciones
Los temblores más íntimos
De sus ensoñaciones,
Sólo porque en tu pecho
La hicieras anidar!
¡Me has herido de muerte
Con tu piedra traidora!
Le quebraste las alas
A la alondra canora

Que ya no ha de volar.
Sobre tu piedra hiriente
Doblará la cabeza,
Mas... así, como al niño
De alma helada y aviesa,
En su último gorjeo
Te sabrá perdonar.

Mansedumbre

Para tus crueldades
Tengo mi ternura.
Para tus olvidos,
Dulce evocación.
Para tus puñales
En fiera venganza,
Tengo el corazón.

Hiere, hiere hondo!
¡Que desde más hondo
Viene mi pasión!

Mi ventana

Yo tengo una ventana
Que mira al infinito.
Cuando me asomo a ella,
El alma se me escapa
Como un pájaro loco
En fantástico vuelo,
Buscando hacer un nido
En un rincón del cielo.

Yo tengo una ventana
Que me regala estrellas.
Que, en mi alcoba,
Pone alfombra de luna.
Yo tengo una ventana
Y en la hora
Que la noche es más quieta,
Apoyada en su alféizar,
Hablo con el fantasma
Que vive en mis ensueños de Julieta.
Yo tengo una ventana,
Donde la lluvia cuelga
Cortinas de cristal,
Por donde el sol se cuela
Como un loco arlequín.
Donde el viento se estrella

Con su grito salvaje.
Yo tengo una ventana,
Marco de algo muy triste,
Que el recuerdo
Va pintando en la tela
Que descubre mi espíritu
Más allá del paisaje.

Delirio

Silencio de tumba
en mi triste alcoba.
Silencio de muerte
hay en esta noche
que, en tinieblas trágicas,
envuelve a mi lecho,
y con sus crespones
a mi cuerpo inerte
quiere amortajar.
Mi quietud ¡es tanta!
que es como un milagro
que el corazón mío
pueda palpar.

¿Será así el silencio
que hay tras de la muerte?
¿Después de la muerte
¿Se podrá pensar?...
¿No estaré ya muerta
y aún vive el recuerdo
que no sé matar?
Idea obsesionante
que es todo en mi vida.
Red que me hace suya.
Valla en que me estrello
Si intento volar.

¡Silencio de tumba!

¡Silencio de muerte!

Y aún persiste la misma tortura:
el eterno, tenaz evocar.

.
.

Si para un recuerdo tan solo palpito,
¡yo soy una muerta,
a la que la muerte no quiere llevar!

El barco que se aleja

¿Por qué, si no se lleva nada mío,
El barco que se aleja
Lleno de ausencia el corazón me deja?...

¿Por qué en ese vacío
Que ha dejado en el río
Yo he puesto una leyenda
Fantástica y tremenda?...

¿Por qué pienso que el alma que esperaba
Por mi lado ha pasado,
Sin advertir mi espera,
Y que se va... se va... arrastrada
Por esa nave traicionera?

.

Es tarde; y en el puerto,
Que ha quedado desierto,
Envuelta entre la bruma y la honda noche,
Aún pienso en ese barco
Que nada me ha llevado,
Y tan triste y tan sola me ha dejado.

Por el largo camino,
Me voy con paso lento;

**Mas misteriosa fuerza
Me detiene al momento.**

**Con mi pañuelo blanco,
Hago un signo de adiós.
¿A quién?...
Mirando al cielo,
Con ojos y alma en duelo,
Se lo pregunto a Dios.**

Destino

...Y se extinguen los días.
La vida se concluye;
Como un reloj de arena
Implacable se va.
Como un reloj de arena
Mi castillo de arena
Va cayendo... cayendo...
Para no alzarse más.

¡Y se escapa la vida!
Yo siento que me deja,
Y no salgo a tu encuentro
Ni tú vienes a mí.
Me llamas... yo te llamo;
Pero ninguno acude.
Y hacia allá van tus pasos...
y yo hacia otro confín.

Los dos nos alejamos
Como algo irremediable.
Pero al irse agrandando
Nuestra separación,
Se estrechan más las almas;
Se hace más fuerte el nudo,
Empapado en el llanto
De la renunciación.

Y hacia allá van tus pasos,
Y a otra senda los míos.
La vida así lo impone
Y aceptarlo es deber.
Tú marchas reprimiendo
Tus justas rebeliones,
Y yo, llevando el leño
De mis resignaciones
De mujer.

Didy

Te fuiste con la Muerte.
Te fuiste, fiel amigo.
Ya no ahuyentas mis penas
Con tu alegre ladrido.
Ya no esperas mi vuelta
Atisbando el camino;
Ya no te echas sumiso
Junto a mí, cuando escribo.

!Te fuiste con la Muerte!
En todos los rincones
De mi casa sombría
Me has dejado un vacío:
Y en todos los rincones
Te sueño redivivo.

Ya no estás a mis plantas
Mientras voy escribiendo
El triste verso mío.
Te has ido para siempre,
Y, aunque ansiosa te llamo,
No acudas a mi grito.
¡No sabes el retorno
Del negro laberinto!

¡Oh, mi mejor amigo

¡Oh, la eternal cadena!
Tan sólo por la Muerte
Te has vuelto infiel conmigo!

Madre Perla de Barradas

Madre Perla: Virgen Unica.
Sólo un alma portentosa
Pudo ser tu creadora.
Sólo así,
Siendo la esencia de un alma
Es que mi alma,
Encontró en tu imagen pura
Aquella fe que perdí.

Madre Perla: tanto hacía
Que buscaba aquella fe
Que nació con mi razón
Y luego la razón misma
La fué expulsando de mí...

Ahora sé,
Lo que postrada ante todas
Las imágenes sagradas
Nunca hallé.

El fervor que no encontraba
Me lo supiste dar tú, Madre Perla,
Que has logrado conmoverme
Más que el Calvario angustioso
De Jesús.

Madre Perla: muchos ojos te miraban
Cuando hasta tí me acerqué.
¡Pero estabas tú y yo a solas!
Y en mi soledad entraste,
Y me dijiste: «¡Ya sé!»
Y supiste ¡todo, todo!
Lo que hay en mi corazón
Que ha tiempo a todos cerré.

Madre Perla: yo te ví
Así... como cae la luna
En la tumba de mi padre;
Con una blancura, que
Sólo en mi alma puede haber.

Y de mi alma hice una urna
Para tenerte guardada,
Madre Perla de Barradas.
Y la oración que te ofrendo,
Hasta verte,
Sólo a mi padre recé.

Mi Libertad

¡Estoy tan sola, y soy tan libre!
Pero ¡qué inútil libertad!
Ante mis ojos el camino,
Y otro camino y otro y ¡tantos!...
Que ya ni sé el que he de tomar.

En cada senda una promesa.
En torno mío, soledad.
No sé hacia dónde encaminarme
Para encontrar mi único anhelo:
Lo que se fué y no ha vuelto más.

Ante mis ojos horizonte,
Y terca yo, sin avanzar,
En la obsesión trágica, ilusa,
De que la dicha que he perdido
En busca mía retornará.

¡Y soy la absurda prisionera
De mi angustiosa libertad!

**Comentario de la obra
de Raquel Saenz, por
Selva Marquez.**



**Comentario de la obra
y datos biográficos por
Julieta Carrera.**

Benedicta qui venit Dómine. «Bendita la que viene en nombre del Señor!»

Nunca mejor introito para la obra de Raquel Saenz que estas palabras que Cristóbal de Castro adoptó cuando, en el «Nuevo Mundo» de Madrid comentó la aparición del libro «La Almohada de los Sueños» de esta magnífica poetisa nuestra.

Bendita la que viene en nombre del Señor: palabras grandes de salutación con las que todos hemos debido dar la bienvenida a esta figura personalísima, destacada desde el principio con caracteres propios en el mundo de artistas americanos. Así llegó: en nombre del Amor, Señor nuestro, Quijote de las más nobles empresas. Cristo de todos los perdones. — Así llegó Raquel, embajadora celeste. Hizo irrupción de pronto en el camino, verdadera samaritana con su cuenco de barro lleno del agua fresca y pura para la sed divina y para las heridas humanas. Mujer tres veces mujer, desde las páginas de su libro primero ya iba tendiendo las manos ágiles que se ofrecían para acunar, para sostener, para restañar heridas desgarradas, en hilas de piedad sobre el dolor de todos.

La voz de su libro fué blanca como la del amor más grande.

Sobre su melancolía de «mujer que sabe», su sonrisa dulce y alentadora. Y para todos los que pasaban a su vera y la supieron oír, ella daba el descanso tibio y casto de su regazo fraternal: «almohada de los sueños más puros, almohada para el reposo después

de las jornadas rudas de los grises días ciudadanos. Porque su verso, hecho para uno solo, concebido con el dolor de una sola ausencia, con la esperanza de un solo retorno, con el júbilo de una sola presencia, es, sin embargo, para todos. Para todos, como el agua fresca!

Todos y cada uno pueden encontrar en sus estrofas algo que se adapte a su espíritu en particular, como si hubiera sido escrito especialmente para él.

Todos y cada uno pueden hallar en el verso de Raquel aquella palabra que una vez fué dicha, aquella angustia una vez sentida. Es la confidencia que se recibe al oído o que se da a otro oído hermano; el secreto doloroso confiado en la noche a la almohada, la humillación de la espera inútil o el desbordante alborozo del hallazgo que debe callarse por igual, amordazada la boca y cerrados los ojos ante la estúpida incompreensión de los demás.

Lo que quisimos decir, Raquel lo dice por nosotros; su palabra es llana como un guijarro de río lamido por el constante devenir de la onda; empero, tiene el eco de un caracol que conoce lo que dicen las olas y los vientos.

—Es la suya una palabra que ha viajado por dentro, buzo pescador de emociones nocturnas que al llegar a la superficie trae consigo retazos de hondura; crespas medusas de los sueños, corales de heridas en el corazón, pálidas perlas de lágrimas ocultas entre las

valvas herméticas de los días para el mundo.

—¡Cuánto se ha dicho de la obra de Raquel! Palabras consagradoras de bocas eruditas de acá y de allende el mar. Hombres y mujeres de talento han rivalizado en hacer los más grandes elogios de su poesía con las frases más entusiastas y más cálidas.

«La Almohada de los Sueños» tiene una frescura silvestre de tarde campesina: sombra de hojas nuevas, agua que corre entre guijas; flores de aromas ásperos de tierra, sencillas flores de campo que amanecen en cada primavera. La frescura asciende de entre las palabras como el aroma de un ramo de claveles.

La voz de Raquel fué nueva en el aire americano, lleno de voces rojas y de rebeliones que eran lenguas de llamas haciendo crepitar los troncos bajo su lametazo trágico.

Raquel (Oh la del dulce nombre bíblico, pastora de sueños), llegó con las palabras de todos los días, sin vestidos «istas», sin adornos de metáforas, a decirnos la tristeza cristiana de su corazón desnudo. La palabra comenzaba ya siendo una confidencia al oído: «Entre todos los hombres tú—. Mi alma es una monja blanca y triste—Como las desposadas de Jesús»...

Nada más puro. Lamento de quena india entre los cerros; canto del agua entre los riscos; sueño hecho palabras del pastor solitario que deja hablar a su sueño... «Recojerán tus labios los besos que mi boca—sin sosiego te envía?—Si los sientes llegar...—

Extiende tus dos brazos!—Luego en cruz sobre el pecho ciérralos!...—¡Y ya no pido más!»

Valiente como Teresa, Raquel tiene el delicioso impudor de hablar consigo misma. — Es la voz de la quena india entre los cerros y el canto gallego modulado como una espiral en la soledad y la saeta que asciende como el humo.— Son, además, los soliloquios del insomnio con la voz alargada, sutil y musical del verso.

Cruza un pensamiento vago la oscuridad de su noche. Raquel sonríe a su recuerdo, casi maternal en su sonrisa: «Yo confieso un secreto—que el pudor callaría:—tu risa es tan ingenua—que yo la besaría—con toda ingenuidad».

¿Cabe mayor suma de emoción y mayor simplicidad, también, que en estos versos?

Parece que ni siquiera los escribiera para no tener que verse cohibida con la sujeción de las frías reglas gramaticales. Dan la impresión de una cosa suelta, viva, apenas prendida con un broche en las páginas del libro.

Cuando llega el beso de amor, su alborozo estalla entonces de pronto como el gorjeo de un pájaro ebrio de sol.—«Me ha besado!»—¡Me ha besado! correría—por caminos y caminos—pregonando mi alegría!»; y después en voz baja: «Me besó en el pecho—y aún estoy sintiendo—su beso de fuego...»

Pero Raquel que es la «gran amadora», la que sabe ser mujer sobre todas las cosas, tiene las heridas incurables que hace la vida

a todos los que no saben escudarse con la insensibilidad y el egoísmo. No muestra las heridas. Pero sufre.—No se lamenta más que vagamente.—Pero sufre: y cuando llega la hora de acusar y castigar al extender el puño justiciero... abre de pronto la mano dulce en un gesto tranquilo de caricia: «Si por el daño inmenso que me has hecho—Dios en gracia suprema me pidiera—que el castigo a tus faltas eligiera...—Te miraría a los ojos largamente,—y con mi voz más dulce te diría:—¿Por qué me has hecho mal si te quería?—¿Por qué me has hecho mal?»

Y más adelante vencida y triste ha de decir su canto de desesperanza, uno de sus pocos gritos de rebeldía que a nadie acusa, un lento alzar del puño hacia los cielos, un grito cansado y dulce: «Es la vida la que pesa—o es que pesa el corazón?—¿Está en mí, o está en la vida—lo amargo de mi canción?... Pregunta sin respuesta de Hamlet; gris, melancólica pregunta lanzada a los cuatro vientos en voz baja.

Cuando quiere ser objetiva, el paisaje interior siempre asoma en el paisaje exterior.—Si va a la calle, andando ve las tareas de los de abajo y piensa: «¿Soñarán?»... Si un árbol solitario atrae su mirada, parangona su destino con el propio destino de su vida de mujer. Si se detiene en el campo, su júbilo es como el de los niños de la ciudad, asombrados del horizonte lejano, que en seguida quieren hacerse temibles cazadores de fieras...

El segundo libro de Raquel Saenz «Bajo

el Hechizo» es una continuación del primero; hay, sin embargo, una mayor liberación en este último. No libertad: liberación.—Antes, era el pájaro volando en círculos sobre los campos familiares. Después fué el de las grandes alas capaces de trasponer todas las cumbres.

La gran amadora se hace múltiple; adquiere su voz un sabor nuevo; algo de grito rebelde apenas, entrevisto en «La Almohada de los sueños» hay ahora en su canción. Tiene menos temor de contarnos sus sueños.—Hace un poco de carne para su espíritu exquisitamente femenino:

La casi ingrátida forma de sus primeros cantos, místicos en fuerza de ser amorosos y de darse como en holocausto, adquiere en su libro segundo una potencia híbrida (material y espiritual) de sonrisa consciente. Una sonrisa de mujer: recuerda y sonríe, hablando como si quisiera contar un secreto solamente a las sombras: «Aquí, sobre mi mesa—están los guantes suyos...—Sobre ellos he volcado—mi afiebrada cabeza—y sueño en la tibieza—de las caricias de él».

Después es la sonrisa pensativa, la sonrisa para las nubes viajeras y para los ojos asombrados que la miran sin comprender: «Habrá nombre más lindo que su nombre?—Para nombrarlo a solas busco estar.—Hurña huyo de todos y presumen—que busco la quietud para soñar—(Y ellos no saben que no hay mejor sueño—Que el nombre de mi dueño». Dónde hallar una tan ingenua confesión

como ésta? Tanta frescura hay en estos versos que serán eternamente jóvenes como una mañana de primavera que no tuviera fin.—Si parecen las frases de una novia adolescente cuando a sí misma se cuenta sus ansias secretas. Es que pese a su melancolía de «mujer que sabe» Raquel prolonga su propia juventud en sus versos.

Su ternura adquiere todas las formas como el agua es según el vaso que la contiene.

La gran amadora murmura y no grita. — Llorá; pero no con los grandes sollozos de la tragedia.—Habla, pero no impreca. Perdona, pero no con palabra grandilocuente y sonora, sino con la sencilla ternura de una amiga de todos los días.

Su «Oración» de la carta, sintetiza todo un estado de ánimo frente a una manifestación amorosa; en verdad ella lo dice bien: sobran palabras cuando el amor comprende.—Ella lo sabrá todo sin terminar de leer la carta: ella lo adivinará todo, punto por punto.—Sabrá donde están los besos... donde los reproches... ¿Para qué más? Su oración de todas las noches será la carta que no ha tenido necesidad de terminar de leer... Mujer del todo, su humildad se tiende en este verso frente al recuerdo del amor ausente.—Y en la «Ausencia» asegura: «Lejos de tí, en el mundo todo es nada,—o nada soy desde que tú te has ido.—En el enorme hueco de la ausencia—todo, todo se ha hundido».

Y en «Retorno», su mayor anhelo es que el amor la encuentre bella; que el dolor de

la ausencia no haya desmejorado su rostro.— Su temor le hará preguntar confidencialmente al espejo de mano, rogándole la respuesta buena para tranquilidad de su corazón: «Espejito amigo—dime que estoy bella—que el dolor continuo—en mi pobre rostro—cinceló su huella!»

Y cuando la queja aparece en «Su honda», la gran amadora sólo sabe decirle al hondo: «Me has herido de muerte—con tu piedra traidora!—Le quebraste las alas—a la alondra canora—que ya no ha de volar.— Sobre tu piedra hiriente—doblará la cabeza.— Más... así como al niño—de alma helada y aviesa—, en su último gorjeo, te sabrá perdonar.

Verdaderamente pudo decirse de Raquel Saenz que es la sinceridad.—Ofrece la emoción más pura como un sorbo de agua fresca en el hueco de su mano desnuda.—Su musa no es de teatro; su voz no es la de la soprano dramática para el sonoro grito wagneriano; su pose no es para la tragedia shakespeareana. No calza coturnos de metáforas ni de imágenes para elevarse en su escenario, reducido por ella misma al espacio abierto de la sombra de un árbol.—No agita flotantes peplos griegos que ocultan la gracia de la forma.—Está desnuda.—Desnuda como el vaso de arcilla primitivo para el agua o para el óleo.—Entre los juicios vertidos con motivo de la aparición de su libro «La Al-

mohada de los Sueños», hay uno en que se la parangona con Becker.

Romántica es Raquel, en verdad; pero no con el romanticismo beckeriano que dice. Y lo aseguro: más que romántica es sensible al extremo.—Sensible pero no atada servilmente a rimas obligadas, no suicida, no rebuscada, no amiga de lamentaciones inútiles ni de glosas fúnebres a los crepúsculos.

Su desesperanza es una simple ecuación de dos números.—No la lleva a arrebatos estériles ni a congojas fuera de época. Ama, eso es todo. Y cuando se ama de verdad, cuando es una mujer quien ama, todo eso que Raquel dice tan donosamente tiene por fuerza que pasar; y son heridas, y son ausencias, y son humillaciones. Y es el perdón siempre.—No magnánimo, no de arriba hacia abajo.—Es el perdón que se da con un beso en la frente, con una sonrisa, con un gesto simple de las manos tendidas hacia el culpable.

Las mujeres sabemos bien de eso.—¿Que a veces la herida de la honda deja al pájaro sin alas? Ella dice lo que ha de acontecer: Se perdona. Se perdona aún muriendo.—Para las crueldades, para los olvidos: ¡Qué mejor que la ternura! Para los puñales. ¡Qué mejor que el corazón como blanco, que así dice Raquel en «Mansedumbre». Las mujeres lo sabemos bien.—Las mujeres de todos los tiempos; que no vale nada el aparato exterior de las modas cuando de amor de verdad se trata.—Las mujeres lo sabemos bien, repito.—

Solamente que no hay ninguna de nosotras que sepa decirlo así, valientemente, donosamente, con tal frescura de palabras, con tal pureza de palabras, con una tan casta y arrogante postura a la vez, como Raquel lo dice, frente a la mandíbula trituradora de los que van a juzgar.

Sus versos sencillos como una mirada franca están fuera de todas las épocas y de todos los movimientos revolucionarios, del arte.—Son el bien decir sintético y justo.—Es simplemente una confesión hecha de cara al cielo, juntas las manos sobre los recuerdos.—Era creyente, tuvo una fé y la perdió.—Apóstata, volvió luego sobre sus pasos perdidos, reflexionó y perdonó. De rodillas ante la imagen volvió a decir las oraciones olvidadas.

Sus dos libros son casi un diario de su vida despojado de nimiedades, limpio, tan amoroso que resulta casto; sin más que las únicas aventuras de un solo amor enorme.—Un amor tan enorme que no ha dejado sitio para ninguna otra manifestación de otra índole. Viajes del amor por todos los puertos de las emociones subjetivas.—Vaivén de la ola que sacude el viento que lame la playa... y que se va...

Y hay un verso que sintetiza toda la obra de esta gran poetisa americana, llamada a perdurar por siempre a través de todas las emociones, siempre ileca, siempre limpia como agua de manantial en cántaro de barro, simple y pura en medio de los colores y de la

baraúnda de la Feria, inconvencible junto a otros valores nuestros, orgullo de este pedazo de tierra pequeño como un pañuelo y grande, no obstante como los cielos. Dice el verso de Raquel a que aludo: «Hombre: —Yo soy un corazón—y tú nunca advertiste—que fuese un corazón»... Un corazón, eso es en efecto Raquel Saenz. Un corazón dotado del prodigioso hechizo de la palabra que canta.

Y para broche, volvamos a tomar las palabras que adoptó Cristóbal de Castro: Benedicta qui venit Dómine.—(Bendita sea la que viene en nombre del Señor).

SELVA MARQUEZ

C. X. 6, Radio Oficial.—Montevideo 1934.

Raquel Saenz es de una familia de escritores. Hija de un excelente prosista y político y de una mujer de gran prestancia intelectual, se familiarizó desde niña con el trato de las bellas artes.

Su primorosa obra lírica resulta fácil de abarcar, porque no es poetisa abundante, de cauce dilatado, sino una exquisita... Leyendo «La Almohada de los Sueños» y «Bajo el Hechizo», habremos recorrido su verjel poético. Los títulos de esos libros son apropiados y justos. «La Almohada de los Sueños» es una colección de cánticos en tono menor, en los que el vuelo de la psiquis traspone y sublima las impurezas del cotidiano vivir, remontándose a regiones donde el dolor se atempera, tornándose gozoso y la angustia se melifica, llegando casi al límite de la serenidad.

«Bajo el Hechizo», siendo en lo sustancial la prolongación de su primer libro, resulta un eco más alquitarado de su romanticismo. No un romanticismo de escuela, buscado con delectación, sino un romanticismo constitucional. El espíritu, lo que está arraigado a él, lo que subsiste aunque se trate de disimular, todo eso, que viene de herencia, es lo que en Raquel tiende hacia lo romántico. Sus principales y más características composiciones, en una forma alada y leve, propenden a la emoción más que a la imagen, viniendo a constituir expresiones del sentimiento, colindantes con el mundo de los sueños. Poesía

de claridad vagarosa la de Raquel. Se escucha en ella la voz estremecida y resignada de quienes viven más por la intuición que por la voluntad, voz de sedimento tradicionalista, voz secularmente construida para la entrega y el mimo, la voz lírica genuinamente femenil.

Al lado de la expresión trágica de la Agnati, del dolor *metafísico* de la Vaz Ferreira, de la plenitud pagana y gozosa de la Ibarbourn, Raquel Saenz aporta un sensitivismo doloroso y cordial. Es la suya una poesía tierna y delicada que aspira a inmaterializarse; que huye lo mismo de la sensualidad que de la razón; que ama lo fugitivo, lo vago, lo presentido; que quiere comunicar, más que descubrir; que oye y siente las incitaciones de la realidad y quedamente se pregunta: «¿Es la vida la que pesa o es que pesa el corazón? ¿Está en mí o está en la vida, lo amargo de mi canción? ¿Es que vivo razonando, o es que perdí la razón?»

Con las poesías de «La Almohada de los Sueños», Raquel Saenz alcanzó una justa y dilatada nombradía, colocándose en una posición lindante con la música en cuanto a eso de lo inexpresado, de lo que remueve el dominio de la subconciencia. La lírica de Raquel se hace de un musicalismo vagaroso, lleno de emotividad y sugerencias. No tiende a la precisión ni busca la exactitud, sino que permanece en el dominio de lo leve, de lo flúido, de lo esencialmente móvil y sutil.

Su posición ante la vida está expresada en

el pórtico de «Bajo el Hechizo»: «Vida sin besos mi vida—y mi alma llena de ensueños—Bocas me ofrendan dulzuras,—pero una es todo mi anhelo.—¡Quiero la boca soñada—que existe, y que la existencia—me la ha vuelto inalcanzada!»

Raquel está toda en sus versos, en su poesía limpia, sin galas, en la que ha conseguido castificar la desnudez. En nada difiere la poetisa de la mujer. Es el suyo un drama mínimo—como casi todos los dramas de mujer.—Amó: fué amada...

Lo cierto del caso es que Raquel vive enamorada de una sombra. Ama, pero la vida la separa del objeto de su amor. ¿La vida? ¿No será mejor decir los principios mamados con la leche materna? En parte, el espíritu de Raquel pertenece a la antigua generación. Para ella, lo que se trae del más allá no puede modificarse. Profesa el sentido fatalista de la existencia. Si el hombre que ama no es íntegramente suyo, prefiere permanecer en una orgullosa soledad. Y el abismo de lo que pudo ser y no es, lo colma a fuerza de poesía. La Poesía es la partera o la nodriza de sus sueños. La poesía la ayuda a sublimar el instinto y a mantenerse prisionera de su propia libertad. En este sentido su posición se define claramente con el poema con que cierra su libro «Bajo el Hechizo»: «Ante mis ojos horizonte—y terca yo, sin avanzar,—en la obsesión trágica ilusa,—de que la dicha que he perdido—en busca mía tornará».—«¡Yo soy la

absurda prisionera—de mi angustiosa libertad!».

Los dos libros de Raquel,—uno solo por la unidad temática, la emoción y la exquisitez,—son libros de amor, de ensueño, de ternura, en los cuales se ha vertido, en lenguaje sutil, que sugiere más que expresa, la melancolía y los tornadizos estados que provoca la pasión adolorida. El amor de Raquel ha sido inspirado por un hombre de quien voluntariamente se aleja, para añorar en seguida su ausencia y sus caricias, con ademán resignado. La poetisa busca refugio en la sublimación, y mordida por el recuerdo del goce perdido, va hacia la desmaterialización de los instintos y busca la paz en un sufrimiento acorazado de pureza e idealidad. Esto no significa que Raquel se halle exenta de sensualismo. Es la suya una sensualidad alquitarada, que ha sabido transportarse al mundo del espíritu. Su castidad no obedece al prejuicio, sino que le viene de peculiaridades psíquicas, peculiaridades tan bien regidas, que la llevan a sobreponer lo anímico a lo material. Su amor es un amor quieto, sensitivo, callado, que sólo clama cuando lo hostiga una angustia ineluctable... Y por el camino de la renunciación, con el abandono sucesivo a todos los dolores, fué la poetisa, reduciéndose a ser un puro y espiritualizado sentimiento, una mansedumbre flúida y deleitosa...

En algunos madrigales como «La suave crueldad» y en composiciones como «Secre-

to» y «Su nombre», se entretiene en miniar viñetas espirituales de un depurado preciosismo, en que hay un leve dejo clásico, de clasicismo español del siglo XVI. Renovar las formas y los motivos de la poesía antigua es una de las disciplinas más fecundas para quienes aspiran a la perduración. Raquel Saenz no es como una Eva sin genealogía que se ponga a crear arquitecturas rítmicas del arte, sin caer en cuenta de que ya figuran en la pinacoteca de la lírica. El entronque de algunos de los mejores poemas de Raquel es con Bécquer y con Enrique Heine. Algunos otros de sus versos forman una flor moderna de lo más depurado de Santa Teresa y de Sor Juana Inés de la Cruz, que le prestan su equilibrado arrebató y un soplo de cosa no perecedera. Poemas espirituales, éstos, en que los temas del amor, de la amargura, de la separación, del goce y de los dolores de la ausencia, están vistos a través de la Katharsis—purificación,—en una cierta índole de disciplina ascética, que no es despegó de lo terrenal, sino dominio de sí misma y estimación moderada de la felicidad y del goce. Todo se confunde en su alma, hacia la que convergen todos los afluentes: la ternura, la piedad, la comprensión, la sutileza, la angustia, que, superadas, acaban transformándose en amor infinito que rueda con dilatadas e incansables olas. Su sentimiento nunca se fatiga, y no cesa de tonificarse en la poesía, en esa flor dilecta que se entrega sin cesar y que no se ha dado a

ningún dueño. Es la propia Raquel Saenz quien lo dice: «Mi canto es de todos—y de nadie soy».

JULIETA CARRERA

Habana (Cuba).

INDICE

	Pág.
Dulce Condena	11
Bajo el Hechizo	13
Secreto	15
Mientras llega el tranvía	17
Milagro de Sol	21
El poema de tu ventana	23
Cuando yo me muera	25
Prisioneros	27
Su nombre	29
Tu mano	31
Sus guantes	33
La risa del buzón	35
Crepúsculo en el Prado	37
La buenaventura	39
Hombre	43
Intima	45
Siempre	47
Mi oración	49
A mi espejo de mano	51

	Pág
El nido	53
Cuando te vayas...	55
Ausencia	57
Lasitud	59
Supremo anhelo	61
Retorno	63
Embriaguez azul	65
Mañana de sol	67
Regreso del campo	69
Bajo tu honda	71
Mansedumbre	73
Mi ventana	75
Delirio	77
El barco que se aleja	79
Destino	81
Didy	83
Madre Perla de Barradas	85
Mi libertad	87
Comentario de la obra de Raquel Saenz por Selva Marquez	89
Comentarios de la obra y datos bio- gráficos, por Julieta Carrera	103

120/297

Imp. L.I.G.U. - Cerrito 750